



## CAPÍTULO IX

### Muerte y funerales del Párroco de Ars.

**D**ESDE mucho tiempo ya, el Párroco de Ars parecía no tener más que un soplo de vida: tan débil era su voz, que apenas se le oía. Toda la energía de la vida y del pensamiento estaba concentrada en sus ojos, que brillaban como dos estrellas, y parecían ardientes respiraderos de un alma de fuego: era la fuerza en la debilidad y la vida en la muerte.

Los grandes calores del mes de Julio de 1859 habían debilitado mucho al santo anciano, y tenía frecuentes desmayos. Era tanto el gentío que se aglomeraba en la iglesia de noche y de día, que no era posible entrar en ella sin sofocarse. Hacíase preciso que las personas que esperaban su vez para confesarse saliesen á cada instante para hallar, fuera de aquella atmósfera de fuego, un poco de aire respirable. El santo Párroco no salía; jamás abandonó su puesto de sufrimientos y de gloria, ni pensó en abreviar aquellas mortales sesiones, que duraban desde la una de la mañana hasta las once, y desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche. El aire que se respiraba

estaba viciado; era abrasador, mefítico é impropio para conservar la vida. Por eso sucumbió, abrumado bajo el peso de tan prolongado y doloroso martirio.

Nada, sin embargo, hacía presentir su fin, porque ocultaba cuidadosamente los padecimientos; mas se creía comunmente que era un milagro su conservación. Sólo se sabía que cuando se levantaba á media noche para ir á la iglesia, caía muchas veces de debilidad en su habitación y en la escalera.

Cuando se le manifestó que la tos aguda que tanto le molestaba hacía ya veinticinco años, era más continua y profunda, contestó sonriéndose: «Esto es enojoso, porque me hace perder mucho tiempo.» El viernes 29 de Julio concluyó su tarea ordinaria; explicó el Catecismo, pasó dieciséis ó diecisiete horas en el confesonario, y terminó este día penoso con la oración. Al entrar en su casa, más fatigado y debilitado que nunca, se recostó sobre una silla, diciendo: *No puedo más*. Después que se retiraron los Misioneros, nadie sabe lo que pasó durante la noche en aquella habitación, de la cual el santo Párroco no debía ya salir vivo; y nadie tampoco se atrevió jamás á espiar ni sorprender el secreto de sus vigiliass nocturnas, en las cuales el Cielo y el Infierno rodeaban su lecho de dolor, para consolarle y atormentarle á su vez. Lo que se sabe únicamente es que, cuando á la una de la mañana quiso levantarse para ir á la iglesia, conoció su extremada debilidad; llamó, se acudió á su voz, se le preguntó si estaba fatigado, y contestó:

—*Sí: creo se acerca mi pobre fin.*

Tenemos por cierto que el santo Párroco había previsto y anunciado su muerte. Durante el mes de

Mayo de 1859, en un sermón de la tarde, al cual habían sido invitados de manera especial sus feligreses, habló así:

«Cuando Moisés conoció que se acercaba su muerte, hizo reunir todo el pueblo: le recordó los innumerables beneficios que Dios le había dispensado; le exhortó á ser fiel y reconocido, y le mostró la tierra prometida. Permitid, hijos míos, que yo haga lo mismo, y os recuerde cuán bueno ha sido Dios para vosotros. Disfrutáis una dicha de que gozan pocas parroquias. Tenéis en los Hermanos y en las Hermanas excelentes maestros y maestras para educar é instruir á vuestros hijos é hijas; tenéis Misioneros para enseñaros el camino del Cielo y conducirlos á él: sed, pues, fieles y muy agradecidos: el reconocimiento y la gratitud es buena acción de gracias. Mucho os pedirá Dios, porque mucho os ha dispensado en su misericordia.»

El santo Párroco felicitó en seguida á todos sus amadísimos feligreses por el generoso concurso á la suscripción que se organizaba entonces para levantar una iglesia dedicada á Santa Filomena, concluyendo así:

«¡Oh, hijos míos! En otro tiempo iba yo á vuestras casas á pedir, y nada me negabais: os lo agradezco mucho. Hoy es el Misionero quien hace mis veces; él me representa á mí, y yo voy en él muy gustoso.»

El sermón de este día pareció á muchos el *Nunc dimittis* del santo anciano, y dejó en todos honda impresión de tristeza y de melancólica esperanza: fué, en efecto, el último acento público de su alma pastoral. Bien pudiera decirse que tuvo el presentimiento de su muerte, y que Dios le había revelado su hora.

¿Quién podrá dar idea de la consternación que se apoderó de toda la parroquia y de los peregrinos cuando por la mañana no se le vió salir de su confesionario á la hora de costumbre, y cuando corrió cual chispa eléctrica la noticia de su grave enfermedad?

Un profundo dolor se manifestaba en todos los semblantes, y por espacio de tres días se practicaron cuantos medios inspiró la piedad más ingeniosa para alcanzar del Cielo su curación: votos y promesas á todos los Santos, oraciones de todas las Comunidades religiosas, peregrinaciones á todos los Santuarios, y cuantos remedios prescribe el arte de curar, todo fué inútil. Dios había resuelto recompensar á su fiel siervo.

El martes 2 de Agosto pidió el santo Párroco que se le administrase el Viático, para cuya solemne ceremonia había dispuesto el Señor, en su Providencia, que llegase considerable número de sacerdotes, hasta de las diócesis más remotas, á fin de que fuesen testigos de tan grandioso espectáculo. Gruesas lágrimas corrieron de sus ojos cuando la campana anunció la visita del Divino Maestro, á quien tanto él había amado. Muchas más derramó después, pero fueron lágrimas de alegría. Entonces se conoció el grande amor que todos tenían al siervo de Dios, y Monseñor de Langalerie, Obispo de Belley, avisado de los progresos del mal, corrió anheloso, conmovido, orando en alta voz y bendiciendo á la multitud, que se arrojaba á su paso.

¡Aún llegó á tiempo! El enfermo recibió gran consuelo con la visita de su Obispo, y derramó tantas lágrimas, que mojaron la cruz pastoral. La noche si-

guiente á la en que se efectuó esta santa y conmovedora entrevista, á las dos de la mañana, sin agitación ni agonía, se durmió el santo Párroco en la paz del Señor, entre los brazos del presbítero Foccanier, y mientras el sacerdote que escribe, encargado de rezar las oraciones de la recomendación de su alma, pronunciaba estas palabras del Ritual: *Los santos ángeles de Dios salgan á su encuentro, y le conduzcan á la Jerusalén celestial.*

Apenas el santo Párroco entregó su bella alma al Criador, entre mis brazos y los de su fiel compañero de trabajos, Foccanier, y en presencia del señor Conde de Garets, del Alcalde de Ars, de los Hermanos de la Santa Familia y de otras personas importantes, cuando de la iglesia, llena de gente que oraba, y de cada casa, comenzaron á correr en dirección de la rectoral, llevando todos la tristeza y la ansiedad retratadas en el semblante. Nadie quería creer tan gran desgracia, y se esperaba un milagro; porque Dios le había obrado ya dieciocho años antes en circunstancias igualmente críticas.

Por otra parte, ¡tenían tanta necesidad de él los hombres! Esa inmensa afluencia de peregrinos que sin cesar llegaban de todas partes del mundo; esas enfermedades del alma y del cuerpo; esos pobres pecadores, y tantos desgraciados y afligidos, bien necesitaban de él, en verdad. ¡Qué dolor! Tan bueno era el pastor que acababa Ars de perder, que jamás se hubiera cansado de pronunciar palabras de consuelo, ni de bendecir á los que se arrodillaban á sus pies. Mas Dios había dispuesto llamar á su siervo antes que fuesen consolados todos los que sufren; antes que fuesen enjugadas las lágrimas de todos los que lloran;

antes que todos los extraviados volviesen al buen camino; antes que toda oveja descarriada volviese á su redil; antes, en fin, que la obra confiada al sucesor de San Francisco de Regis, de San Vicente de Paul y de Benito Labre, tuviese entero cumplimiento.

Se descansaba en la creencia de que el amado pastor permanecería aún mucho tiempo sobre la tierra. Ars no se conocía sin su Párroco, sin su iglesia siempre abierta y siempre llena; sin su campanario tocando el *Angelus* á media noche; sin su confesonario rodeado de gente; sin el buen santo, que era el sol de aquel rincón de tierra privilegiada á quien daba calor y vida, y á cuya atmósfera comunicaba el olor balsámico de sus virtudes.

El sol de Ars había llegado á su ocaso: aquel anillo de purísimo oro que unía los hombres á Dios y á todos los tesoros del Cielo, se había roto. Sí: el Párroco de Ars había muerto. Aquella vida de sacrificio, de abnegación, de caridad, de paciencia, de humildad y de oración continua, se había apagado. Había combatido los combates del Señor, había terminado su carrera y había recibido su corona. Aquel infatigable obrero del Señor se había hecho *rentista*, según su expresión. Cuando se pronunciaron estas palabras: *Alma cristiana, sal de este mundo*, ¡qué conmoción debió haber en el Cielo para salir al encuentro de aquella alma incomparable!

El cuerpo del Párroco de Ars fué lavado con cuidado respetuoso, como se hubiera hecho con una reliquia. Dos Misioneros tuvieron la suerte de practicar esta obra de caridad, y han sido bien felices en poder besar aquellas manos que no se levantaron sino para bendecir y para curar las llagas, debilida-

des y miserias de la humanidad. Vistióse el cadáver con el humilde roquete que solía ponerse, y casi nunca se quitaba. Mientras tanto no se interrumpieron las invocaciones, oraciones y lágrimas. Se decoró en seguida una habitación baja con modestas colgaduras blancas, adornadas de flores y coronas; y allí fué adonde, desde la aurora, durante dos días y dos noches, acudió la multitud, incesantemente renovada y siempre creciente, que venía de lejanos puntos adonde llegaba la fatal noticia.

Los objetos que pertenecían al siervo de Dios se depositaron judicialmente, pues había motivos fundados para creer que, sin esa precaución necesaria, no hubiera quedado piedra sobre piedra de aquella casa, que es ahora rico tesoro de preciosos recuerdos y un augusto relicario. Esto no obstante, hubieron de lamentarse algunos hurtos que la veneración explica, pero no justifica. Por lo demás, reinó el orden más completo en aquella gran multitud, excitada por un vivo sentimiento, pero contenida por un respeto más vivo aún.

¡Qué escenas tan tiernas y qué episodios tan encantadores se han presenciado allí! ¡Qué bellas y qué elocuentísimas frases hallaron el dolor, el reconocimiento y el amor para manifestarse! A aquel santo cadáver unos llevaban gemidos y suspiros, otros inefables esperanzas, y todos veneración, oraciones y lágrimas.

Dos Hermanos de la Santa Familia velaban cerca del santo cuerpo, y sus brazos se cansaron de recoger los objetos que les presentaban para tocarlos á aquellas manos, tan acostumbradas á bendecir. Imposible sería enumerar los rosarios, cruces, libros,

imágenes, lienzos, pañuelos, alhajas, etc., que se tocaron á sus restos venerandos. A pesar del calor excesivo, pudo conservarse el cuerpo descubierto hasta la noche que precedió á los funerales, sin notarse señal alguna de descomposición. El siervo de Dios parecía dormido: sus facciones conservaban la habitual expresión de dulzura, de calma y de bondad. Hubiérase dicho que su fisonomía iba pasando poco á poco por una transformación luminosa.

Los funerales del santo Párroco se verificaron el sábado 6 de Agosto. Desde el amanecer aflúan por todos los caminos grupos numerosos de los pueblos próximos, que se calcularon en seis mil. También asistieron á esta fúnebre y gloriosa ceremonia trescientos sacerdotes de las diócesis de Belley, de Lyon, de Grenoble, de San Claudio y de Autun; y á no haber ocurrido la circunstancia de ser sábado, muchos más hubieran asistido. Casi todos los conventos de la comarca tuvieron allí sus representantes.

En el momento de llegar el señor Obispo, se organizó el cortejo, y hasta que salió el santo cuerpo todo anduvo bien. Las mujeres y los niños de la parroquia, las Cofradías, los miembros de las Comunidades religiosas y el Clero regular y secular se colocaron en dos filas con el mayor orden; mas, apenas se dejó ver el féretro, se renovó el movimiento eléctrico que se verificaba de una manera espontánea é irresistible cada vez que el siervo de Dios aparecía en público; y mientras duró la marcha triunfal del santo cuerpo á través del pueblo, no fué posible dominar las oleadas de gente.

Cuando el cortejo fúnebre llegó á la plaza de la iglesia, se detuvo, y allí tomó la palabra el señor

Obispo para decir lo que había sido *el siervo bueno y fiel que acababa de entrar en el gozo de su Señor*. Este fué el texto de su discurso: en toda Francia ha resonado el eco de aquella palabra tan fuerte y dulce á la vez, tan penetrante, tan impregnada de suavidad, de lágrimas y ternura, que parecía dictada por el espíritu celestial del humilde sacerdote á quien ensalzaba.

Terminada la oración fúnebre, comenzó la Misa solemne, que celebró el Sr. Guillemín, ex-secretario de Monseñor Devie y antiguo amigo del finado. La iglesia no podía contener la inmensa muchedumbre, y fué preciso que una brigada de gendarmes defendiese la entrada del templo, abierto únicamente al Clero, á las autoridades y á la familia del difunto.

Después de la absolución general, dada por el señor Obispo, el cuerpo del santo sacerdote fué llevado á la capilla de San Juan Bautista, donde había consumado su martirio; y se le dió sepultura al lado del confesonario en que con generosa mano había derramado los tesoros de la misericordia de su Divino Maestro.

¿Y qué diremos ahora? ¡Qué triunfo éste para la Religión! ¿Hay acaso algún espectáculo más digno de admiración que esa gloria póstuma, que esa vida inefable que comienza en la tumba, que esa anticipada canonización? ¡Qué enseñanza tan elocuente! Esos honores solemnes y extraordinarios, tributados á la virtud oculta de un pobre y oscuro sacerdote que se tuvo á sí mismo por indigno, miserable é ignorante, ¿no son un manantial fecundo de profundas reflexiones para todo hombre serio, sea creyente ó no? En torno de aquella tumba estaban representadas todas las clases de la sociedad, sin excepción: allí estaban

unidos en un sentimiento común de tierno respeto, de amor y confianza, las más notables familias del país, militares, empleados, magistrados y elevados funcionarios.

Volvamos á repetir: ¡qué triunfo! ¿Y cómo explicar esto? La explicación es sencilla: vedla aquí. Si el Párroco de Ars ha sido tan conocido, tan amado, tan venerado y tan popular; si ha conmovido los pueblos y poseído el dón de atraerlos á sí en vida y después de su muerte, ha sido porque era sacerdote; porque conoció sus deberes y los cumplió con fidelidad.

¡Oh Dios mío! ¿Qué es el sacerdote, y qué idea se tiene de él en este mundo que juzgamos tan corrompido? ¡Ah! ¡Los corazones, en su fondo, no son acaso tan malos como se supone! El verdadero bien y la verdadera belleza, cuando se les presenta sin velo y en todo su esplendor, aún les seduce, enamora y atrae. Por mucho que en contrario se diga ó haga, la santidad es el primer poder de este mundo... Y la Francia del siglo XIX aún puede llegar á ser la Francia de San Luis, de San Bernardo y de Santo Domingo, si alcanzamos del Señor que haga nacer y morir en ella verdaderos Santos.

El apostolado de éstos no concluye con la vida terrenal; sus reliquias tienen también una misión, y esperamos que desde su tumba, objeto de gran veneración, el Párroco de Ars continuará la suya. Las miradas del mundo se dirigen hacia la pequeña iglesia de Ars, en donde se han obrado tantos prodigios de amor y de misericordia. No es creíble que la fuente se haya agotado; en todas partes se esperaban maravillas, que deben hacer glorioso el sepulcro del santo sacerdote. Él ha huido tanto de la gloria durante su

vida, que parece debe ser esa su recompensa después de la muerte. Ya se señalan gracias obtenidas por su intercesión; citanse muchas curaciones milagrosas, y se esperan aún mayores prodigios (1).

Mientras tanto, la peregrinación se perpetúa: verdad es que ha cambiado su fisonomía, pero ha ganado en orden y recogimiento lo que ha perdido desde otros puntos de vista: como el de la edificación que causaba la presencia del santo Párroco, y el de la exaltación y piadosa emoción que él producía en los espíritus. El respeto y confianza que rodeaban al venerable siervo de Dios se conservan hoy alrededor de su

(1) Los funerales del humilde Párroco de Ars han sido, no un duelo, sino un triunfo magnífico. Los fieles han orado sobre su tumba implorando su mediación; han pedido milagros, y los han alcanzado, como lo acreditan algunos verificados después de escrita esta VIDA, y son los siguientes:

•Hallábase enferma en Octubre de 1859 una Hermana de la Caridad: mientras las demás religiosas estaban en Vísperas, sintióse interiormente movida á hacer al Párroco de Ars la siguiente súplica: *¡Oh buen y santo Párroco! le dijo: vos, cuyas súplicas han obtenido tantas curaciones, rogad por mi...* Al terminar la invocación, se halló súbitamente sana de la grave enfermedad que padecía.

•En 1860 llegó á Ars una mujer parálitica: oró tres días ante el sepulcro del santo Párroco, y quedó perfectamente sana.

•Hallábase en Lyon un hombre aquejado por varias enfermedades, y mientras que la hija del enfermo hacia en Ars una Novena al venerable Párroco, él llevaba sobre sí un pedazo de la sotana del santo sacerdote; y sucedió que, antes de salir de Ars, supo ya la hija la completa curación de su padre.

Estos y otros hechos justificados precisaron á comenzar la información canónica para la causa del santo Párroco, y el señor Obispo de Belley fué á Roma con objeto, dicen, de trabajar para la introducción de la causa de beatificación. Consta, en efecto, que la causa del Párroco de Ars ha sido introducida.

tumba, aunque más contenidos y moderados. Muchos Misioneros han fijado allí su residencia para anunciar la palabra de Dios, oír confesiones y proveer á las necesidades espirituales de los parroquianos y peregrinos. Se ha fundado la obra de los retiros espirituales, haciéndose dos cada mes, y hasta el día se han celebrado con un concurso edificante y gran provecho de las almas.

